

poder, ni deleites, sino la ciencia y acierto necesarios para juzgar con justicia á su numeroso pueblo; y Dios se complació tanto en la acertada peticion de este jóven príncipe, que le concedió riquezas, poder, paz, delicias y una sabiduría ilimitada. III. REG. III.

El fundamento de toda ciencia, dice el Profeta, es el temor de Dios, PSALM. CX: el hombre que teme y ama á Dios, posee la más preciosa ciencia, y el Señor le ilumina, más ó ménos, segun los designios que ha formado sobre su estado.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Hæc tota scientia hominis est, scire quia ipse nihil est per se, et quoniam quidquid est, ex Deo est, et propter Deum est. S. AUGUST. IN PSALM. LXX.

Quid est hoc? surgunt indocti, et cælum rapiunt; et nos cum nostris doctrinis demergimur in profundum. IDEM L. VIII, CONF. CAP. VIII.

Scientiarum ardor nulla prorsus ætate extinguitur, imo ipse magis ætate inflammatur. S. HIERON. EPIST. AD DEMETRIADEM.

Tunc scientia magna est, si charitate humilietur, ut amplius crescat; temperatur enim à dilectione, ut non satis mera sit, ut inebriet scientem, et se extollat. S. AMBR. IN EPIST. 4 AD CORINT. CAP. VIII.

Non es vera scientia boni, nisi ad hoc cognoscatur ut agatur. S. PROSPER. IN PSALM. CXVIII.

Plerique accepta scientia litterarum, non ad Dei gloriam, sed ad suam laudem utuntur, dum de ipsa extolluntur, et ibi peccant, ubi peccata emendare debuerunt. S. ISIDOR. LIB. III, DE SUMM. BONO.

Toda la ciencia del hombre consiste en saber, que por sí mismo es nada; y que todo lo que tiene le viene de Dios, y lo posee para Dios.

¿Qué es esto? Vienen los idiotas, y obtienen la gloria; al paso que nosotros, con todo el saber, nos sumergimos en el abismo.

En ninguna edad de la vida se entibia el gran deseo de saber, antes bien parece aumentarse á medida que avanzan los años.

La ciencia es grande, cuando se abaja por la caridad, para que sea más laudable; pues se modifica por medio del amor, para que no turbe ni deslumbre al que la posee.

No puede haber verdadera ciencia del bien, si no se aprende para practicarlo.

Hay muchos que no dirigen á mayor gloria de Dios, sino á su propia alabanza, las ciencias que poseen, puesto que se envanecen de las mismas; y así pecan, en aquello mismo que debería ha-

Utile est multa scire, et recte vivere. Quod si utrumque non valemus, melius est bene vivendi studium, quam multa sciendi sequamur. IDEM, LIB. II. SENTENT. CAP. I.

Qui seipsum non docuit, alium docere non potest. ORIGEN. HOM. XXXVIII, IN LEVITIC.

cerles evitar el pecado.

Es muy útil saber mucho, y vivir bien; pero cuando no tuviéremos valor para ambas cosas, vale más aprender á vivir bien, que á saber muchas cosas.

El que no aprende para sí mismo, no puede enseñar á los demás.

Véase: CONCORDIA DE LA RELIGION CON LAS CIENCIAS Y ARTES;—CONCORDIA DE LAS CIENCIAS DIVINAS Y HUMANAS;—Y CONCORDIA DE LA RAZON Y DE LA FE.

CISMAS.

Hi sunt, qui segregant semetipsos.

Estos son los que se separan á sí mismos.

(Iuda 19.)

Varios pueblos se han separado de la Iglesia; ¿puede decirse que ella es inocente respecto á la division cismática que la despedaza? Estos desmembramientos ¿son males de que simplemente haya de lamentarse, ó son tambien faltas de que debe de arrepentirse? Tal es la cuestion, que hoy es menester resolver.

Se dice: las apariencias condenan á la Iglesia. Si la unidad, de la que tanto se ennoblece hasta el presente, se hubiera mantenido sin menoscabo ni desgarró alguno, así como la vestidura del Señor, á la que es siempre comparada; si los numerosos pueblos que ha incorporado, convirtiéndolos, no formasen sino un solo aprisco con un solo Pastor, tan inmutable integridad seria su más acrisolada gloria;

y para explicarla, tal vez se aventurára suponerla una fuerza de cohesion sobrehumana; pero su suerte no ha sido así, porque ha llegado á nosotros como un antiguo coloso mutilado. Por todas partes, y en todas las épocas, ha dejado cubierto el camino por donde pasó con despojos que alumbraban el mundo, y hacian la porcion más preciosa de su patrimonio, y que la han abandonado. Estos son todo el Oriente: Jerusalem, santificada con la presencia del Salvador, regada con la sangre divina y apostólica: Alejandria, inmortalizada con el gran Atanasio: Constantinopla, donde se ilustraron el gran Nacianceno y el Crisóstomo: en Occidente, la Inglaterra, que fué el semillero de santos; y la Alemania, que siempre fué, como hoy, foco de ideas y pozo de ciencia; hé ahí innumerables deserciones, que, al parecer, acusan al cuerpo espiritual, que han despedazado y empobrecido, causándole profundas heridas y sangrientas cicatrices. Extraño fenómeno, que no puede explicarse sino por dos motivos: ó la Iglesia ha escaseado de luces en su alta inteligencia, ó le ha faltado la sabiduría para conservarlos perpétuamente con el atractivo de su supremo poder.

Hé aquí lo que se dice; pero ni uno ni otro motivo es verdadero. Estos desmembramientos y cismas de que hablan, no acusan á la Iglesia en nada. Solo y únicamente acusan á los que los han perpetrado y consumado. Este será el objeto que me propongo demostrar. Pidámos los auxilios de la gracia: A. M.

1. En los imperios y reinos de la tierra no se realizan jamás separaciones y desmembramientos de provincias y colonias de sus metrópolis precipitadamente; y no se rompen los vínculos que las unen como un niño rompe y quiebra los juguetes de cristal. Las más de las veces, no se consuman estos grandes desmembramientos sino despues de una prolongada preparacion. Lo mismo acontece con los cismas y deserciones, que han despedazado y dividido la asociacion católica. Así se vé, desde la fundacion, alterarse y perturbar la unidad en el Oriente, no obstante que fué su cuna: Jerusalem, Samaria, Alejandria y Antioquia, teatros de sus primeros triunfos, se separan apenas convertidas. Y á vista y presencia de los apóstoles hubo ya sectarios. El genio quisquilloso y escéptico naturalmente, y la manía de lo mejor, unida á la desgraciada facilidad de dejarse alucinar con toda suerte de opiniones halagüeñas y otras pasiones de demencia, que se movieron en el centro de populosas localidades de la Siria, Grecia, Egipto y Asia Menor, formó siempre el foco inagotable de novadores y de insubordinacion. Ya por una causa,

ó ya por otra, casi constantemente se vió forzada la Iglesia á condenarlos, despues de amonestarlos con la correccion evangélica; y apenas la permitieron reposar con sus observaciones y tiros que la dirigian, desde el concilio de Jerusalem, hasta el de Nicea. Eran continuos estos tiros, antes de la traslacion del imperio á Bizancio; y despues que Constantinopla fué fundada, se hicieron más necesarias y repetidas las medidas de rigor. Entónces tomaron más importancia, y, por consiguiente, causaron más inquietud y hostilidad á los cristianos orientales, que, teniendo un emperador, trabajaron constantemente para no depender del Papa. Ya amenazaba el cisma; solo esperaba hombres sin pudor ni delicadeza, audaces para consumir su obra, y estallar para franquearse ó desobedecer la autoridad pontificia, sin miramiento ni consideracion.

Por fin, parecieron y se manifestaron estos sectarios, y aquí es precisamente donde concretamos la cuestion. Se manifestaron, sí, porque su ambicion y osadía les hicieron salir al público. Reinaba en aquel entónces en Constantinopla Miguel III, príncipe inmundo, rodeado de sus ministros, que no eran ménos inmundos que él; y sus excesos y vida relajada encontraron en el patriarca S. Ignacio un rígido é intrépido censor, cuyas amonestaciones y su constante oposicion irritó su soberana delicadeza. En todas las épocas de la Iglesia se ha hallado, que el celo del Bautista subleva y reproduce el furor y persecucion de un Herodes: el santo patriarca no quiso ser adulador cortesano, y fué víctima de Miguel y Bardas. Se le confinó á una isla mortifera, maltratándole á fuerza de trabajos é insultos, persuadidos, que tanta crueldad acabaria con hacer que renunciára su silla, á lo que siempre se negó, porque se le instaba con violencia y en favor del más furioso desórden. Por esto no reculó el monarca, y resolvió no contar con S. Ignacio para nada; procurándose en el imperio un sugeto descarado y atrevido, para tomar como de asalto la silla, que su legitimo tutelar no abandonaba. Hé aquí el primer vaiven y agitacion de su desmembramiento. Violencia é inmoralidad coronadas: sed ardiente de honor corrompido y ambicion del poder, secundaron y continuaron su obra tan infausta.

Nos refiere la historia de todos tiempos y épocas, que en una inteligencia privilegiada, asociada á un carácter servil en un mismo individuo, se halla, alguna que otra vez, el secreto de la mayor calamidad para los pueblos, como en este tiempo, á que se alude, se halló un Focio, que hechizó al emperador y su criatura Bardas. Era eminente por su genio, vasta erudicion, y mágica elocuencia; pero tenia un alma venal, sin carácter ni delicadeza; cosas que, sin extinguir las

pasiones, les impide, cuando ménos, ser imprudentes. Se sabe que hay en las gerarquías ciertos grados, á los que no se puede aspirar ni se pueden alcanzar, sin superar las dificultades que se oponen á su consecucion. Arrojarle á ello, no solo es una anomalía, sino que, para un individuo tal como al que se hace alusion, es horrible falta; y justamente no lo conoció Focio, ni ménos lo comprendió. Era simple secular; y aunque faltando á toda consideracion, la más ordinaria, le proponen la silla, que el santo patriarca no quiere renunciar: él la acepta sin observaciones, y vedle patriarca de Constantinopla, no siendo otra cosa que caballero mayor. A tan cínica como sorprendente trasformacion, no tardó mucho en reunir pretensiones mezcladas de artificio é inconsecuencia. Obró sin sinceridad y respeto; y movido de la estúpida y absurda esperanza de validar su usurpacion, y absolverse de tal atentado, tuvo la desfachatez de dar conocimiento de su elevacion á la Cátedra apostólica, que ocupaba el papa Nicolao I, uno de los más ilustres pontífices que han ceñido la tiara. Por una parte, le refiere con fingido dolor la eleccion, para la que se cree fué objeto involuntario; y de otra, rinde al sumo Pontífice el más estrepitoso y solemne acatamiento. Concibió, al propio tiempo, la diabólica idea y sacrilego proyecto de romper el vínculo indivisible de la Iglesia, bajo el titulo de Oriente y Occidente, como ya se habia hecho del imperio. Era una pretension, aunque oculta, muy grosera, para que tan eminente Papa se dejase alucinar y sorprender; y bien instruido de todo, con prevision de la tendencia desmesurada de tan peligroso intruso, le condenó legal y solemnemente. En lugar de mostrar docilidad y sumision, como decia, condenó al Papa, como si un delincuente semejante, usurpador y sacrilego, pudiera anular tan legítima sentencia, ó tuviese el supremo derecho de deponer el juez que le condena.

Más tarde, aparentó arrepentirse, y se reconcilió con la santa Silla; pero como todo fué efecto de hipocresía, inspirado por el egoismo, aconsejado por la astucia, tardó poco en retractarse; y ensayó otra vez constituirse patriarca universal. Prosiguió en su delirio y desvario; y acumulando alegatos mentirosos, falsificaciones que, con insolencia y descaro, hacia en las pastorales emanadas de la Cátedra suprema; dígase de una vez, por actas de un Concilio, en que solo figuraron intimidados Obispos, indignos de este titulo, consumó el atentado, en el cual le precipitó su vanidad y rebeldía. Caen sobre él, por segunda vez, los anatemas fulminados por la silla del Príncipe del apostolado; y con despecho de apóstata orgulloso y temerario, lanza contra ella el fuego que le sugiere el infierno. Rompe abiertamen-

te con la union católica; y, en su caída, arrastra cierto número de Obispos extraviados y rebeldes.

El espíritu infernal de Focio no se extingue con él; y aunque algunos Concilios generales y piadosos emperadores han hecho esfuerzos para remediar tanto mal, no se ha podido conseguir como se deseaba; porque reanudar las ramas separadas, que se han abandonado, es cosa, sino imposible, bien difícil. Al cabo de ciento y cincuenta años de fermentacion inconstante, la ponzoña de rebeldía se reprodujo por última y definitiva vez en tiempo de Miguel Cerulario; que despues de haber reconocido el sumo poder, fué anatematizado con el rayo fulminante como su cosectario Focio; y del mismo modo que éste, lanzó contra la Iglesia los efectos de su rabia impía. Primera inconsecuencia. Imitando su impío y rebelde modelo, tambien sedujo, sin honor y nobleza, algunos Prelados, que celebráran y confirmáran sus ilegítimos y pretendidos anatemas contra la Silla apostólica, y arbitrariamente consagróse patriarca. Lo mismo que él, se precipita y arrastra en su caída al cisma todo el Oriente, como por instinto de independencia, despecho hereditario, ó irritado por el vértigo del orgullo vengativo y rencoroso. Tercero y último paso, que consume el cisma de Oriente: idea fantástica y demasiada delicadeza del amor desmesurado y codicioso.

Se intentará por todas partes profundizar el misterio de este desmembramiento, y no se le encontrará otro principio, que el ya dicho y preparado tiempo habia por el genio y carácter trapacero de los Griegos, en desprecio y por celo de los occidentales. Todo esto sirvió despues para excitar el desenfreno, vida licenciosa y brutal de tristes soberanos de Constantinopla, que debiendo dedicarse exclusivamente á hacer felices sus pueblos defenderlos, y no ocupaban más que en cuestiones y disputas lamentables y teológicas el tiempo que les dejaba libres su barbárie y libertinaje; y mientras los tesoros del imperio, al arbitrio de sus eunucos, eran dilapidados y malversados á su capricho, ensayaban los medios de perseguir y tiranizar. Con estos medios, y el apoyo de malos Prelados, intrusos y mercenarios inconsecuentes, fué inaugurado y consumado este doloroso cisma. Los más, se ampararon de la autoridad de que se creian ilegítimamente revestidos, como lo confiesan, arrojando por el suelo y despreciando las más sagradas leyes de gratitud, para aceptar las ofertas corruptoras de monarcas semejantes, aprobar y prestarse á fomentar sus réprobos pasiones.

Finalmente; despues que ellos mismos, y repetidas veces, reconocieron y proclamaron indivisible, una y santa la legítima y suprema

autoridad del sumo Pontífice, y le llamaron Padre de los padres y Pastor de los pastores, desertaron de este redil universal, llevando sobre sí el anatema fulminante de la ira de Dios. Para este cisma y desmembramiento de Griegos y Orientales son unas mismas las causas: y los entretienen y propagan hasta en nuestra época. Sábese con dolor como se ha desgarrado, no ha mucho, la Iglesia de Polonia, en la que, atravesando la Alemania disidente los invencibles restos, iban á unirse los hijos y herederos de Valdomiro á los sucesores de Pedro; y los que así rompieron la union, se han inserito, ó en el cisma ruso, ó en el griego.

¿Cuál es la causa de esta apostasia? La de todos tiempos y épocas. En apariencia, para mantenerse en el poder y alcanzar un título, cuyo lustre adulaba su pueril vanidad; más en el fondo era una criminal y servil cobardía de algunos Prelados desgraciados, que han despreciado al Papa del Vaticano por un papa de botas y espuelas; precipitándose en la rebeldía por la idolatría al César, y siendo idólatras de sí mismos.

Cualesquiera que sean los demás cismas, pueden entenderse del mismo modo. No hay uno solo que sea efecto de una conviccion, ni aun de error ó ilusion de conciencia; son todos resultado de pasiones y flaquezas. Véase el de la Alemania; ¿cuáles son sus primeros elementos? Se ve un Lutero, monje depravado, avariento y disoluto, primero que se revela y desobedece, para saciar su soberbia ó despecho y sacudir el yugo celibatario religioso, intolerable á su alma extenuada. Los otros dirigen sus tiros para acabar y aniquilar á Roma religiosa, con objeto de poder más fácilmente invadir las naciones y romper los lazos romanos, que las protejen contra los atentados furibundos de sed insaciable por las riquezas, y el torrente desenfrenado de vida licenciosa.

Igualmente en Inglaterra. Miéntras se mantuvo fiel Enrique VIII, se conservó en la unidad católica; pero desde el dia en que los Papas rehusaron anular y deshacer el vínculo santo y conyugal, rompe con la Iglesia romana, crea la titulada Iglesia anglicana; y para ser más libre en su libertinaje, se nombra patriarca de ésta. Ya seducidos con caricias y promesas, ya con amenazas, cierto número de Obispos se manifestaron por la rotura y separacion, para despues vivir en los mismos desórdenes; y este pueblo, que no hace mucho era el plantel de santos, dominado por el vicio y la esclavitud, está separado de la union, que tanto le ennobleció é ilustró.

Así pues, nada hay en los cismas que les honre, ni en aquellos que los causaron tampoco. En cualquiera pais se verá, que sus cau-

santes son todos nombres difamados por la historia. Tienen por motivo el ardiente deseo del oro y riquezas, mezclado con los que llaman principios, y no es otra cosa que embrollos, cavilaciones, hipocresía é irregularidad. A costa de la deshonra y empacho, y sin un sintoma de gloria, es como las comuniones disidentes han adquirido su independencia egoista, y lo que sin vergüenza llaman posesion de sí mismas.

Véase ahora cual ha sido la conducta de la Iglesia de Roma. Por de contado, siempre ha estado de acuerdo consigo misma; y ésta es su gloria. Recorred la historia, y vereis, que siempre ha proclamado la unidad indivisible y por centro soberano la cátedra de san Pedro, con la obligacion de depender de ella; de tal modo, que sin crimen y sin la universal reprobacion no puede ninguno ser independiente. ¿No es así la verdad, y tal como el mismo Jesucristo la fundó é instituyó? Esto es indisputable. No se trata de exámen; la santa Iglesia, y Roma, siempre y por siempre así lo han creído; y aun los mismos cismáticos lo han creído como ellas antes de consumir su rebelion. No hay uno, sea quien quiera, que no haya atestiguado con actos los más explícitos esta soberana supremacía; ni tampoco se halla uno solo que no haya dicho, que para ser amado Jesucristo, es menester apoyarse en la silla de Pedro. Por consiguiente, siendo tan terminante la necesidad de obediencia y sumision á su autoridad suprema, los romanos Pontífices usan de su legítimo derecho, cuando lanzan sus anatemas contra los que resisten á su potestad, y que quieren sustraerse como hijos rebeldes de su jurisdiccion; derecho conocido de todos, y, como queda repetido, hasta de los mismos disidentes. Sus amenazas y excomuniones son unánimes y conformes á la tradicion de los tiempos, lógicas y consecuentes, al paso, que muéstranse injustos los cismáticos en su demente disidencia.

Y no solo hay en ellas lógica y consecuencia, sino tambien justicia y legalidad. Antes de pronunciar la condenacion definitiva contra los rebeldes indómitos, y arrojarlos de su seno, la Iglesia siempre ha procedido conforme á la ley natural y recta equidad, y á la disciplina canónica. Ha reunido los Concilios y convocado juntas de sábios profundos, para preguntar é interrogar los desafectos á quienes oyen, discutir con ellos, hasta patentizarles su error y miseria, lo que en ciertas ocasiones no ha sido difícil demostrar.

No han procedido con esta equidad, rectitud y franqueza, los cismáticos. Cualesquiera que sean, Griegos, Alemanes ó Ingleses, por lo comun faltan á la buena fe. Se les ve abusar de Roma, es decir, de la Silla pontificia, unas veces con relaciones mentirosas ó

falsas promesas, y otras con fingidas sumisiones. Se les ve mutilar sus actas, engañar artificiosamente sus agentes, alegar autoridades sospechosas, y, por último, manifestar pretensiones en que no se oculta el polvo y aire de presuncion. Así se condujo el patriarca de los cismáticos, á quien éstos imitan como su modelo.

Muy de distinto modo camina la Iglesia en materia de dogma, doctrina y disciplina. ¡Qué sinceridad en su palabra, y lealtad en sus exámenes y discusion! Sin ficcion y con franqueza, obra á luz clara y pleno sol, como se ha probado siempre, desde san Pedro hasta nosotros. Se siente inspirada del soplo de vida y de una conciencia pura, que no la permite rodeos ni efugios; y revestida de la autoridad de la verdad, detesta hasta la simple apariencia de mentira y doblez.

Ahora véase lo que es el cisma. En sus causas, rebeldía abyecta y vil, lo mismo que en sus proceder: y sus primeros móviles fueron siempre groseros y despreciables, como lo son los individuos y pueblos que se hacen culpables de crimen semejante. Digamos tambien una palabra sobre sus consecuencias.

2. De parte de los culpables se hallan tres caracteres y consecuencias que, al mismo tiempo que hacen más gloriosa la Iglesia, deshonan el cisma, tanto considerado como hecho, cuanto como consecuencia. Desde luego vemos, que lo que parece una franquicia, en el fondo no es más que una esclavitud y pesado yugo. Si se hace caso de lo que propalan sus sicarios, cuando preparan su inicua revuelta, se creeria, que van á pasar sus días bajo de un poder el más cándido y honroso; y de seguro cualquiera se persuadirá esto, reflexionando los dieterios é imprecaciones injuriosas que vomitan contra la Iglesia y su potestad pontificia. Se lamentan de estar oprimidos; creen que consumada su rebelion, se aligerará su yugo; y están tan obstinados y ciegos, que ni aun pueden ver se preparan una esclavitud la más absoluta, pues se someten á todas las pasiones desencadenadas.

A pesar de todo, ¡qué lástima! Abdican una sumision benéfica; ¿para qué? Para humillarse á otra mil veces más dura, injusta y ménos maternal. ¡Oh inconsecuencia del espíritu de soberbia y rebeldía! ¡Oh castigo bien merecido! Se someten y caen bajo un cetro temporal.

No solamente el cisma se enfrena y abate, sino que tambien abate y refrena á los que sojuzga. Siempre que una nacion no sabe apreciar la libertad más santa, que es la de la fe, y se deja llevar de creencias efimeras y vulgares, cae en el despotismo, y se resigna á la

servidumbre sin sentimiento ni rubor; solo se hace indigna del mundo, y apenas merece se la honre con los movimientos de compasion, porque por sí misma se desprecia. Hasta este punto puede descender el cisma.

Hay tres cosas que hacen moralmente grande una nacion: creencia pura, costumbres sanas y robustas, y carácter noble y leal. ¿Cuáles son ahora las creencias en el Oriente cismático, en Alemania y la Inglaterra? Unidas con la Iglesia, tenian un símbolo conocido; hoy, no tienen ninguno. De fraccion en fraccion, han llegado á tal punto sus doctrinas, que apenas tienen algun átomo, en medio de una agitacion sin consistencia, y de un vacío sin bordes. ¡Ay cristianos! Cuando permanecian unidas, se veian en estas nacionalidades virtudes cristianas que hicieron muchos santos; y hoy día harto se sabe en qué consiste la licenciosa conducta de los cismas, sobre todo del Oriente.

Registrad la historia, y no hallareis una nacion, en que la dignidad moral se haya mantenido despues que rompió con la Iglesia y se divorció de la unidad cristiana. Habrá hecho progresos materiales, conquistas y adquisiciones, y desarrollado sus riquezas; más su religion no se ha purificado, ni su moral y sentimientos han adquirido ningun grado de elevacion. Al contrario; todo ha decaído.

El segundo efecto del cisma es, que se abate y deprime. Tercero, aísla los pueblos, y los divide ó fracciona. Miétras formaban parte de la Iglesia, componian siempre la gran familia en la que se anudan las naciones, y comunicaban con todos los siglos.

Y ¿qué acohtecié por el cisma? Que se quebró este anillo precioso y se inutilizó. No hay para él conjunto sobre la tierra; y las distancias por la diversidad que tiene entre sí de pueblos y naciones, se han acrecentado con sus desmembramientos de la religion. Se realiza el aislamiento sobre el globo y por todo. Rómpense vinculos comunes, naciones y gobiernos; concéntranse en sí mismas; y no son más, á presencia del tiempo que las deshecha, que torbellinos agitados y polvareda incapaz de union y solidez. Estos son los efectos del cisma: servidumbre, abatimiento, aislamiento y division de la humanidad.

¿Qué conclusion sale del desmembramiento cismático? Hay entre las consecuencias del cisma dos muy señaladas y gloriosas para la Iglesia, las que me tomaré la libertad de indicar. Primero, que de las autoridades conocidas es la sola elemento, y que sepa conciliar mejor el respeto que se debe, y que se concede, á la libertad de conciencia. En la historia se halla un hecho, y es: que las naciones

políticas se sirven siempre del rigor y violencia para hacerse prosélitos, y conservar los que ya tienen adictos; por lo que puede asegurarse, que el acero y el palo son el símbolo ó geroglífico del proselitismo y su conservación. Mantiene la apostasia en el poder, y la defiende con amenazas y ejecuciones de destierro, cárceles y muerte; y este género de prescripción cruel es el carácter propio de todas las comuniones disidentes.

¡Cuán diferente la Iglesia, que no conoce género de flaqueza y decadencia semejantes! La dilata y fortifica su imperio; y por remoto que se extienda, su mano siempre fuerte y vigorosa no decae, porque es fuerza divina. Si se mutila y restringe, su poder y constitución no se empobrecen; únicamente quedan ménos miembros, que, separados, se agitan y descomponen en el sitio mismo, testigo de su divorcio; al paso que el cuerpo que los ha perdido, queda sano y robusto. El vacío que dejan está en proporción de la importancia de los miembros disidentes. Véanse las Iglesias orientales, la Alemania y Gran Bretaña, que después de sacudido el suave y ligero yugo de la autoridad pontificia, se han humillado y sujetado bajo el yugo político y duro de sus príncipes.

Considérese el cisma en las circunstancias que motivan el hecho, ó en sus consecuencias y conclusiones; nada tiene de acusador ni degradante para la Iglesia; muy al contrario, es su gloria, porque la proclama mayor infinitamente en dignidad, sabiduría y fuerza, y superior á cuantas comuniones disidentes existen, que han despedazado sus maternales entrañas, y que siempre reconocieron por su Madre.

¿Y qué fruto recogeremos de estas consideraciones? Ciertas palabras del Salvador disgustaron á algunos de sus discípulos, porque la doctrina que encerraban les era incomprensible, y así renunciaron á seguirle. Quedaron los doce apóstoles á quienes les dijo: «¿Vosotros quereis marcharos también?» Pero Simon Pedro respondió: «¡Ah, Maestro y Señor! ¿á quién podemos ir, ni adónde sin vos, que tenéis palabras de vida y vida eterna?» Muchos pueblos é iglesias, á ejemplo de los discípulos infieles, han abandonado al Señor, y me parece oírle preguntarnos á nuestro turno, si queremos también dejarle. ¡Ah! no: gritemos con el Príncipe del apostolado: Señor y Maestro, ¿á dónde iríamos sin vos? ¿A los soberanos de este mundo? tiranizan la conciencia. ¿A los filósofos, que pretenden pasarse sin vos? no los queremos, porque arrastran los pueblos y los precipitan en la depravación y vacíos. ¿A nosotros mismos? disipados por naturaleza, no podemos servirnos de guías y maestros. No, Señor, no; á vos solo queremos pertenecer, y de vos solo queremos

ser. Cualquiera palabra, que no sea vuestra, es palabra que mata; y no es ésta la que nos es menester. Vuestra divina palabra, Señor, al contrario; es la palabra de vida, palabra de vida eterna. Aquellos que la oyen y se nutren con ella, se alimentan con un germen infalible de fuerza viva, con la cual se esfuerzan para vivir con vos, y permanecer unidos estrecha y perpétuamente con nuestra santa madre la Iglesia. Sí, Señor, queremos obedecer á vuestros mandatos divinos, y perseverar siempre unidos á vos, que sois eternamente inmutable. Amen.

CIUDADANO.

Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei, Deo.

Dad al César, lo que es del César, y á Dios, lo que es de Dios.

(S. Matth. xxii, 12.)

La sociedad no es una obra de arte convencional, de capricho, como algunos han creído; es la obra de Dios.

Bajo la ley natural, su Providencia se ocupa en reunir á los hombres, en unirlos con los lazos poderosos de las necesidades, y con los sentimientos indelebles de justicia y de humanidad.

Bajo la ley escrita, Dios hace que marchen juntas la religion y la sociedad, y, en cierto modo, las confunde.

Al consignar nuestros deberes con respecto á Dios, establece nuestros compromisos mútuos con respecto á nuestros semejantes; y en esta repartición de deberes parece olvidar su gloria, para no ocuparse más que de nuestros intereses. Todos los preceptos del Decálogo tienden únicamente á la utilidad general de los hombres. El Señor no se reserva sino dos para sí: la adoración, y el amor. De las doce tribus de Israel no destina sino una á las ceremonias de su cul-